
El Modo de Dar Limosna

Antonio de Trueba

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 5153

Título: El Modo de Dar Limosna

Autor: Antonio de Trueba

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 26 de octubre de 2020

Fecha de modificación: 26 de octubre de 2020

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I

Una tarde íbamos en la diligencia de Bilbao a Durango un señor cura, un aldeano y yo. El señor cura era lo que se llama un bendito, porque con el candor y el buen corazón suplía lo mucho que le faltaba de talento y perspicacia. El aldeano era más hablador que el mus y más agudo que lengua de envidioso. Y yo era un curioso observador que, aunque parezca que mira al plato, mira a las tajadas, es decir, que cuando parece que sólo piensa en los cuentos y anécdotas populares que escucha, piensa en la filosofía que aquellos cuentos y anécdotas encierran.

Como Vizcaya no tiene más que diez y seis o diez y siete leguas de largo y once o doce de ancho, y la población apenas se interrumpe y está toda ella cruzada de carreteras y casi todos los vizcaínos nos reunimos con frecuencia en los mercados de las villas, y en las romerías, y en las ferías, y en las juntas generales de Guernica, donde hace más de mil años nos gobernábamos libremente y sin ocurrírsenos si éramos liberales o dejábamos de serlo, todos nos conocemos, y por donde quiera que vayamos vamos entre amigos, o cuando menos entre conocidos. Así era que el señor cura, el aldeano y yo íbamos conversando como amigos, a lo que contribuía también la rarísima circunstancia de ir solos en la diligencia, que casi siempre va atestada de gente.

Siempre que la diligencia se detenía o acortaba el paso al emprender una cuesta, se subía al estribo algún mendigo a pedirnos limosna, porque si los vascongados rarísima vez mendigan ni en su tierra ni en la agena, en cambio las Provincias Vascongadas son la tierra de promisión para los de otras más infortunadas.

El aldeano y yo dábamos limosna a todos los pobres; pero el señor cura, después de llevarse la mano al bolsillo del chaleco, la retiraba como arrepentido de su buena intención, y era el único que no daba limosna.

Estrañábamos mucho esto, porque sabíamos que en su aldea no había necesitado que no le encontrara dispuesto a socorrerle, y el aldeano empezó a echarle en cara aquel proceder con indirectas del padre Nuño,

que a la mano cerrada llamaba puño.

El señor cura no se daba por entendido de estas indirectas, que seguramente eran demasiado sutiles para que pudiera pescarlas su inteligencia, y entonces el ladino aldeano se quitó de rodeos y fue derecho al bulto.

—Señor cura, ¿sabe Vd. lo que le digo?

—¿Qué?

—Que de nosotros tres, Vd. es el único que falta a alguna obra de misericordia, siendo precisamente el más obligado a practicarlas.

—¿Y a qué obra de misericordia faltó yo?

—A la que manda socorrer al necesitado. Supongo que cuando un pobre le pide a Vd. limosna, y después de llevarse la mano al bolsillo, se arrepiente y la retira vacía, no estará Vd. pensando en lo que D. Antonio y yo pensamos.

—¿En qué piensan Vds.?

—En que la mujer y los hijos comen como sabañones.

—Claro está que no pienso en eso.

—Pues entonces, ¿en qué piensa Vd.?

—Hombre, pienso en que si es muy santo dar limosna a los necesitados, es gran cargo de conciencia darla a los viciosos. Casi todos esos vagabundos que piden limosna son unos viciosos y holgazanes, que por serlo viven así.

—Todos no lo serán.

—No he dicho que lo sean todos, sino casi todos.

—Pues no hemos visto que haya dado Vd. limosna a ninguno.

—Cierto, y harta pena me da el pensar que para no favorecer a viciosos, tengo que dejar de socorrer a necesitados; pero ¿cómo se las ha de componer uno para evitar este inconveniente?

—¿Cómo? Yo se lo diré a Vd.: imitando, en busca del bien, lo que Herodes hizo en busca del mal.

—No le entiendo a Vd.

—Lo creo, señor cura, pero yo buscaré modo de que Vd. me entienda.

—¿Y cómo?

—Contándole a Vd. un cuento.

—Pues venga, y así mataremos el tiempo.

—Y aprenderemos, añadí yo; que los cuentos siempre enseñan algo cuando el que los cuenta no es tonto, cosa que no es de temer del señor.

El aldeano, que hacía rato preparaba la pipa, la encendió con la maestría que en pocos años han adquirido los campesinos en servirse de las cerillas fosfóricas (por aquí no se gastan fósforos de cartón ni yesca), aunque el viento sople como un demonio, y chupa que chupa nos contó lo siguiente:

II

«Hay en Abadiano un tal Chomin que ha hecho una fortuna bárbara con su devoción a una porción de santos y santas.

De recién casado no tenía más bienes que su mujer y una perra; pero le ocurrió echarse por protectores perpetuos a San Isidro, patrón de los labradores; a San Antonio Abad, abogado de los animales; a San Roque, enemigo de la peste; a San Cosme y San Damián, médicos celestiales; a Santa Lucía, protectora de la vista; a Santa Bárbara, enemiga de rayos y centellas, y otro sin fin de santos y santas, a quien obsequiaba todas las noches con su correspondiente Padre nuestro y Ave-María a cada uno, y lo cierto fue que encontró en ellos una mina, porque desde entonces empezó a prosperar, y prosperar fue que a la vuelta de pocos años se hizo con la mejor casa y hacienda de la barriada de Gaztélua.

En casa de Chomin no se ha conocido siquiera un dolor de cabeza; el trigo que generalmente da en Vizcaya diez y seis fanegas por cada una de semilla, le da a Chomin de veinte a venticuatro; el maíz, que a casi todos les da treinta por una, a Chomin le da cuarenta, jamás se le ha desgraciado a Chomin una res; aunque tiene muchas, y cuando la tempestad se forma en las alturas de Gorbea y Amboto y baja echando centellas hacia Abadiano, tiene siempre buen cuidado de dar un rodeito para no pasar por encima de la casería y las heredades de Chomin.

Chomin tenía un criado que se llamaba Peru, a quien había prometido casar con su hija Mari-Pepa, de quien Peru estaba enamorado, y en verdad que no sin motivo, porque la chica era de la mejor que se presentaba los domingos en el baile de la plaza de Abadiano.

Peru era trabajador y honrado como el primero; pero era muy corto de memoria, y por consecuencia, de entendimiento; como que se contaba de él, entre otras cosas no menos chirenes, que habiéndole dicho su amo, un día que Peru subía a San Antonio de Urquiola, que diera un beso de su parte a Aitá San Antonio, en lugar de dar el beso a San Antonio Abad, se le dio al cerdo que acompaña al santo. Pero a pesar de esto, si él estaba

enamorado de Mari-Pepa, aun más lo estaba Mari-Pepa de él, porque ya se sabe lo que son las mujeres: por pobre, por feo o por malo, podrán no querer a un hombre; pero por falta de talento, no dejan nunca de quererle.

Una noche, víspera de Santiago, después de rezar toda la familia bajo la dirección de Chomin el Santo Rosario y otro Rosario de Padre nuestros y Ave-Marías por los santos y santas protectores de la casa, Chomin dijo a Peru:

—Oye, Peru, mañana empieza la feria de Basurto y pienso ir por allá a ver si compro un par de novillos para irlos criando y domando a fin de que cuando tú y Mari-Pepa os caséis, llevéis una buena pareja, porque ya es cosa de ir pensando en acomodaros.

Peru y Mari-Pepa al oír esto se pusieron rojos como las cerezas de Moñaria y se miraron chispeándoles de alegría los ojos, como diciéndose mutuamente:—¡Ay, qué ganillas tengo de pescarte!

Chomin continuó:

—Me estaré por allá lo menos un par de días, porque mientras no encuentre un par de novillos que prometan ser la gala del Duranguésado, no vuelvo. Es menester, Peru, que entretanto hagas tú mis veces todas las noches dirigiendo el Rosario y cuidando muchísimo de rezar su correspondiente Padre nuestro y Ave-María a cada uno de los santos y santas que nos protegen.

—Pierda Vd. cuidado, contestó Peru, que maldita la falta hará Vd. a ninguno de esos santos.

—Así lo espero, Peru; pero te repito que tengas muchísimo cuidado de que ningún santo ni santa se te escape sin su correspondiente Padre nuestro y Ave-María, porque ya ves, Peru, lo mucho que les debemos. Mi mujer y yo no teníamos más que un trapo delante y otro detrás cuando nos los echamos de protectores, y hoy.....¡Flojo pucherete de onzas de oro, más relucientes que el sol, saldrá de entre la basura de la cuadra el día que Mari-Pepa y tú os caséis! Figúrate tú que se te escapa, por ejemplo, Santa Bárbara sin su correspondiente Padre nuestro y Ave-María y estalla una tempestad.....¡Jesús, solo de pensarlo, como dijo el otro, las tiemblas me piernan! Vamos a ver, Peru, si te sabes de cabeza todos los santos y santas a quienes has de rezar todas las noches su correspondiente Padre

nuestro y Ave-María.

Peru recitó el nombre de todos los santos y santas protectores de la familia bastante a satisfacción de Chomin, y éste acabó de encarecerle la fidelidad en el cumplimiento de su encargo, amenazándole con que no sería yerno suyo si dejaba escapar algún santo o santa sin su correspondiente Padre nuestro y Ave-María, lo cual había de conocer él desgraciadamente en el contratiempo, que no dejaría de sobrevenir por tal descuido a la familia, a la casa, a las heredades o al ganado.

La mañana siguiente, así que oyó misa primera en San Torcuato de Abadiano, tomó Chomin el camino de la feria, seguro ya de que Peru no había de dejar escapar a ningún santo ni santa sin su correspondiente Padre nuestro y Ave-María.

Tan a pecho tomó Peru el encargo y sobre todo la amenaza, que se pasó toda la noche y la mañana siguiente cavila que cavila a fin de encontrar medio seguro de que no se le escapase ningún santo ni santa sin su correspondiente Padre nuestro y Ave-María; pero no daba con aquel medio por más que se calentaba los cascos. Y el asunto era para cavilar, porque, lo que Peru decía: «Yo me sé como un papagayo los nombres de todos esos santos y santas; pero como son veinticinco y la madre, ¿cómo evito yo que se me escape alguno sin su correspondiente Padre nuestro y Ave-María y se lleve la trampa mi casamiento con Mari-Pepa? ¡Cuidado que sería gaita que tal cosa sucediese, porque lo que es compañera como Mari-Pepa, no la encuentro yo a tres tirones, y luego Chomin no nos echa de casa sin un buen arreo, una buena pareja de bueyes y quinientos ducados de dote!

A la caída de la tarde, todo Dios bailaba al son del tamboril o del albugue en la plaza de Abadiano, menos Peru y Mari-Pepa. Peru estaba sentado, cavila que cavila, en aquellos derrumbaderos, antes enmarañados de zarzas y árgomas, que dan sobre la plaza y que Miota ha convertido en hermosos y fértiles viñedos donde Vd., D. Antonio, suele ser pájaro que picotea las uvas más doradas.

Y Mari-Pepa estaba en la plaza sentada junto a la fuente sin querer bailar con nadie y llena de tristeza por las cavilaciones de Peru, de quien estaba enamorada como una tonta.

De repente lanzó Peru un grito de alegría, y, bajando a escape a la plaza,

sacó a Mari-Pepa al corro y bailó con ella el árin-árin más loco que se ha bailado, desde Zornoza a Elorrio y desde Ochandiano a Mallabia, donde se bailan de padre y muy señor mío.

Era que ya había dado con un medio infalible de que no se le escapase santo ni santa de la corte celestial sin su correspondiente Padre nuestro y Ave-María.»

—¿Y qué medio era ese? preguntamos llenos de curiosidad el señor cura y yo.

—Uno muy sencillo, contestó el narrador. Así que Peru rezó el Rosario acompañado de la familia, pasó a rezar el correspondiente Padre nuestro y Ave-María a cada santo y santa de los que Chomin se había echado por abogados, y en seguida, por si acaso se le había escapado alguno, rezó.....¿a quién se figuran Vds. que rezó?

—¡Vaya Vd. a saber a quién!

—Pues rezó a todos los santos y santas de la corte celestial y siete leguas a la redonda, por si acaso había salido alguno de paseo.

El señor cura soltó una carcajada al oír esto, no tanto porque le hiciese gracia el cuento como de alegría y satisfacción Porque había comprendido la lección del aldeano, reducida a esto: el medio infalible de no privar de limosna a ningún mendigo verdaderamente necesitado, consiste sencillamente en dársela a todos los que la piden.

Esta moraleja es buena, pero todavía pudiera ser mejor dándole mayor amplitud, porque en el cuento hay tela para eso y mucho más. Vaya de ejemplo. el medio infalible de ser uno cortés, caritativo, generoso y justo con todos los que lo merecen, consiste sencillamente en serlo con todos.

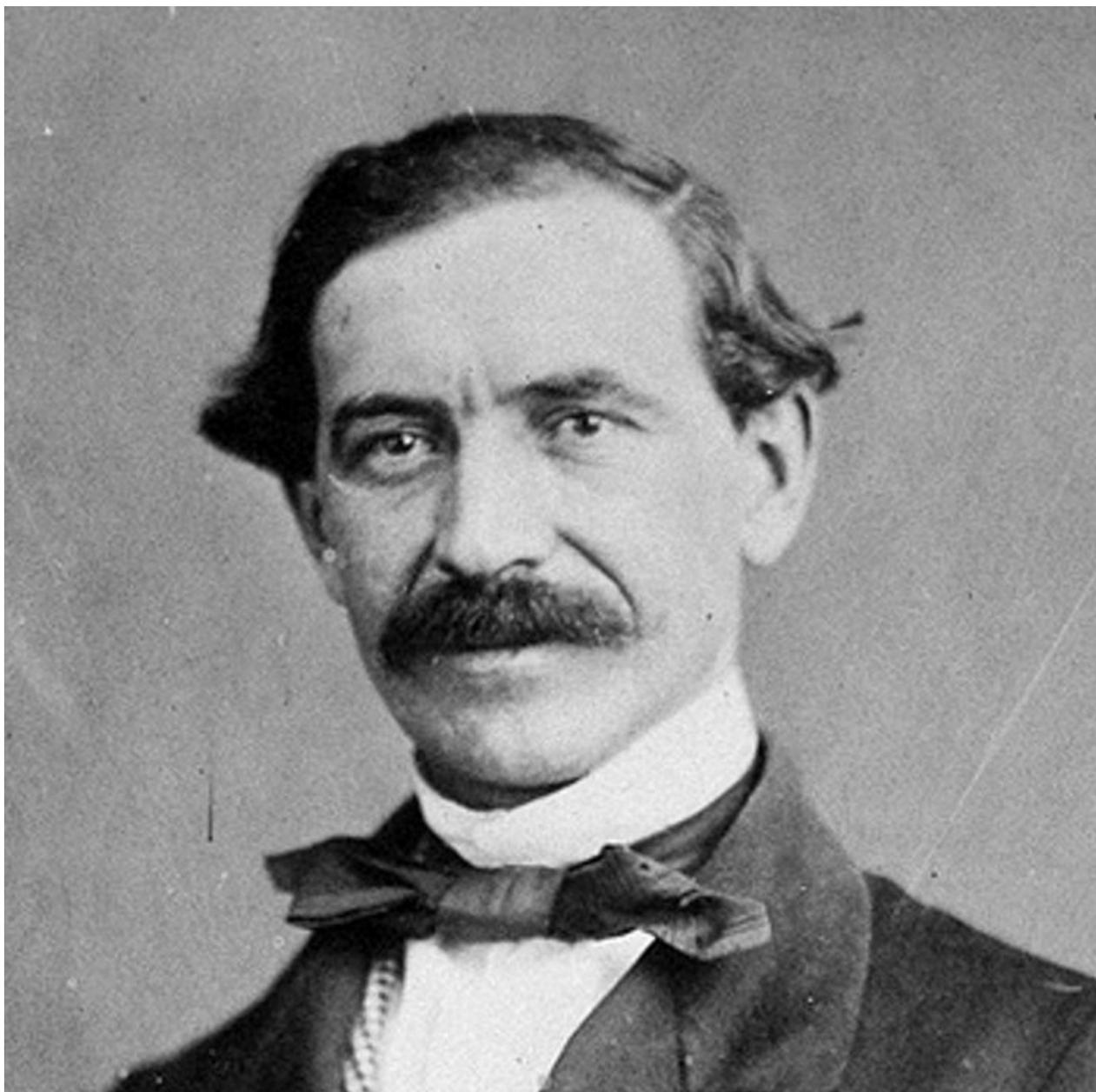
Dos o tres pobres nos pidieron limosna al apearnos de la diligencia en Durango, y el primero que se la dio fue el señor cura. Como viésemos que éste permanecía al pie de la diligencia con los dedos índice y pulgar de la mano derecha en el bolsillo del chaleco, le preguntamos:

—Señor cura, ¿a quién espera Vd.?

—Espero, nos contestó sonriendo plácidamente, a todos los pobres de Durango y siete leguas a la redonda por si acaso ha salido alguno de

paseo.

Antonio de Trueba



Antonio de Trueba y de la Quintana (Galdames, 24 de diciembre de 1819-Bilbao, 10 de marzo de 1889) fue un escritor español, conocido también como «Antón el de los Cantares».

Nació en la localidad vizcaína de Galdames el 24 de diciembre de 1819 y su nombre completo era Antonio María de Trueba y de la Quintana. Hijo de campesinos muy pobres, su vocación literaria se despertó con los romances de ciego que le traía su padre cuando venía de visitar una feria. Tuvo que abandonar pronto la escuela para trabajar la tierra y el mineral

de las minas de Las Encartaciones, su lugar natal. Cuando contaba quince años (1834) marchó a Madrid para evitar la primera Guerra Carlista; allí se empleó en la ferretería de un tío suyo y robó tiempo al sueño instruyéndose de forma autodidacta y leyendo autores románticos españoles.